



MAGRINYÀ, Luis: *Estilo rico, estilo pobre. Todas las dudas: guía para expresarse y escribir mejor*. Colección Debate Lengua. Debate: Madrid 2015. 267 pp.

Considero un acierto por parte de la editorial Debate la decisión de publicar en un libro la recopilación de los artículos que Luis Magrinyà iba colgando en su blog (*L&L Lengua y Literatura*, en la versión digital del diario *El País* durante el año 2014. Estoy seguro de que para muchos lectores, los textos adquirirán ahora el prestigio, el rigor y la solidez de una edición en tapa dura. Quisiera remarcar la importancia que tiene no solo la publicación de una guía con la intención de subsanar errores lingüísticos y de terminar con ciertos lugares comunes de la expresión escrita en español, sino su afán divulgativo y su carácter irónico y ameno. Aspectos, todos ellos, de los que se suelen olvidar la mayoría de los textos de carácter prescriptivo. El rigor no tiene por qué estar reñido con el sentido del humor.

El estilo es la suma de muchas partes, algunas incluso indefinibles, como la originalidad o la belleza. El libro de Luis Magrinyà incide fundamentalmente en dos: la corrección lingüística y la utilización de un registro adecuado. ¿Puede un escritor, o un traductor, escudarse eternamente en los matices para escribir lo que nadie dice o, peor, de una forma en la que nadie lo ha dicho nunca? El escritor y el traductor están expuestos, no siempre de manera consciente, a las numerosas convenciones y leyes no escritas de la “policía estilística”: lo que se supone que es o suena literario. Es sencillo perder de vista los peligros, caer en las tentaciones de los calcos de un idioma a otro, dejarse llevar por las agradables compañías de las homofonías y las reiteraciones, respirar el aire viciado de otras lecturas y de malas traducciones hechas a golpe de insensible diccionario bilingüe, comenzar a carpintear los diálogos, vestir los verbos a la moda con preposiciones inadecuadas y llenar los textos de *hacia* y de *desde*, *perlar* de sudor las frentes y de espuma de cerveza los bigotes de los personajes, vestir las monas de seda frecuentativa como *tamborilear* o *tintinear*, para terminar próximo a la locura semántica y gramatical y *ejecutar coitos* o perder el respeto a los verbos usurpándoles su derecho a ser o no ser transitivos.

He sacado varias conclusiones de la (re)lectura de esta “guía para expresarse y escribir mejor”. La primera de ellas es que todo escritor –no digamos ya un traductor– es responsable de las palabras que escoge para expresarse. La escritura presupone y, por tanto, obliga a tener criterio y el criterio a dudar y a saber que “las cosas no tienen siempre *su* nombre”. Ese “mejor” del título también parte de la premisa de que cualquiera que se acerque a esta guía ya escribe bien de por sí y, si acomete la lectura, es porque se ve en la necesidad de expresarse mejor, de aumentar la calidad de su escritura lo mismo que lo hace la gradación del adjetivo: de redactar bien a redactar mejor. Por otra parte, responsabilidad y criterio son palabras incómodas, con cierto tufo a disciplina y formación, alejadas del aura romántica de la genialidad del literato y de sus ansias de libertad expresiva. Responsabilidad y criterio son

conceptos que cohíben, no tienen nada de literario, suenan paternalistas. Yo me pregunto: ¿beberíamos en un restaurante de una copa que estuviera sucia? ¿No le pediríamos al camarero, amablemente o no, que nos la cambiara? ¿Iríamos a un concierto en el que la orquesta tuviera los instrumentos desafinados y, lo que es peor, sin que ni siquiera se diera cuenta de ello el director? ¿No nos sentiríamos estafados? ¿No pediría alguien que le devolvieran el dinero de la entrada? Se me ocurren más casos, pero esto es una reseña y tengo la responsabilidad de no excederme. Si se asume la lógica de los ejemplos anteriores, ¿por qué no se exige a sí mismo un escritor o un traductor la profesionalidad de un camarero o de un músico? ¿No es responsabilidad del escritor y del traductor conocer lo mejor posible la lengua en la que escribe o a la que traduce? ¿No tiene mayor libertad para expresarse, para escribir o para traducir, una persona que conoce y se esfuerza por conocer mejor la lengua en la que escribe? ¿No se piensa mejor cuando se habla y se escribe mejor? Basta, por ahora, de preguntas retóricas; quisiera plantear aquí dos cuestiones que conforman el leitmotiv de los diecisiete capítulos del libro: ¿qué es el estilo? ¿Qué convierte en literario un texto literario?

Como dice Luis Magrinyà al comienzo del libro, “Con muy buena intención nos han enseñado que está feo repetir”. Es verdad que la reiteración de palabras empobrece la impresión que nos da y que nos deja un texto, pero no es menos cierto que esta supuesta consigna estilística ha dado lugar a los más “variados estropicios”, y es aquí donde reside el alma del texto de Magrinyà: desenmascarar el probable origen y la solución de los estropicios que pululan por todas partes, ya sea en Forocoches o en las páginas de las novelas de todo un premio Nobel de literatura. Por increíble que parezca, algunos de los casos no tienen ni siquiera solución: directamente son incomprensibles. Agradezco profundamente que el autor cite errores cometidos por él mismo en otro tiempo para quitarle hierro al asunto y para dar debida cuenta de que nadie está libre de pecado. Si rectificar es de sabios, enseñar a rectificar es de maestros. En consonancia con la idea peregrina de lo que sería el estilo —el mero intercambio de las palabras por sus sinónimos—, el autor da una acertada definición en el capítulo doce: «El estilo, pues de eso estamos hablando, es algo más que reemplazo». Se trata, entonces, de evitar la mera sustitución y de conocer la lengua para que la lengua nos conozca y así podamos expresar nuestras ideas con la exactitud que requiere la escritura. Lo mismo que en casos sencillos se tiene conciencia de la invariabilidad de una expresión como podría ser “a buenas horas” y a nadie se le ocurriría escribir “a bondadosas horas”, tampoco en otros casos se deberían intercambiar alegremente unas palabras por otras porque se suponga que suenen mejor. De ello se avisa, por ejemplo, en el capítulo *El club de los verbos finos* donde se explica que no es adecuado escribir “poseer caspa” o “poseer miedo”; el problema de la elección del registro se convierte en uno más acuciante: un problema semántico. Si no se sabe lo que significan las palabras, se utilizarán mal y, en consecuencia, se empobrecerá o se hará imposible la comunicación.

Es cierto que la literatura, como apunta Luis Magrinyà, tiene mucho de convención cultural, de costumbres y expectativas lectoras que se dan en cada lengua. Desde los signos de puntuación a la reiteración verbal: lo que en una lengua forma parte de la normalidad, en la otra resulta o da la apariencia de ser una carencia. Lo que es un verbo pleno en una lengua, hay que parafrasearlo en otra y viceversa. A estas convenciones se enfrentan los escritores y traductores cada vez que ejercen su profesión; no está de más que se recuerde y que alguien induzca, desde dentro, a la

reflexión sobre el sentido y los límites de las convenciones literarias. La primera parte del libro, *Estilo Rico*, hace hincapié en estos aspectos tan farragosos y característicos de la literatura escrita y traducida al español, en especial, el capítulo “Los verbos parlanchines”.

Leer *Estilo Rico*, *Estilo pobre* evitará más de un disgusto y más de una cara roja de vergüenza a todos aquellos que, como un servidor, pretenden no sólo ser mejores escritores o traductores, sino ser profesionales y respetar y enriquecer la lengua en que se expresan y, con ello, a sus lectores. Es un libro que hace pensar y que hace pensar mejor y que debería tener a mano, por si acaso, todo escritor o traductor que se precie de serlo. El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

Fernando Palacios León